

La fuente y sus seres

Marko Lobo Estepario Urra



Image not found.

Capítulo 1

Aprovecha y cállate:

Todas las noches, la madre les contaba una historia entretenida a sus chiquillos.

Los cachorritos se agruparon a su alrededor, agitando sus pequeñas aletas anaranjadas ligeramente para estabilizar su posición en el agua turbia y suave del limo del río.

Virgilio, había extendido su manto de oscuridad; la madre extendió los labios carnosos y ambarinos, luego comenzó su relato . . .

- Los hechos que les voy a contar esta noche, hijos míos, no son cuentos para peces pequeños, sino la verdad verdadera, la fe de los cipridios.

He vivido tantos años que experimenté una época en la que las carpas y las ranas salían con regularidad.

Las ranas, verdes y rojas, cazaban en los mismos territorios que nosotros.

Apuntaron sus naricitas codiciosas para atrapar mosquitos, salieron del estanque para saltar sobre los deliciosos grillos.

Nos saludamos cuando nos cruzamos en las tranquilas aguas de este lugar.

Eran un pueblo feliz tanto como el azar lo permite.

Pero a veces esas criaturas saltarinas no conseguían una comida: ni una araña, ni una larva.

A veces, una garza lo convertiría en su víspera de Año Nuevo mordiendo dos seguidos.

Pero un día, mis queridos, una rana ágil con iris de cuatro colores, saltó magníficamente a la pacífica ola de nuestro agujero. Ella mostró su

vientre blanco y regordete frente a todo el atónito reineta.

Luego se sentó en el nenúfar más grande donde solo se le permitía sentarse al antepasado.

Se giró un poco para que todos pudieran admirar su increíble belleza, luego cuando se convenció de que todos los ojos del pueblo batracio estaban puestos en ella, comenzó un ardiente discurso.

Ella le dijo a todos estos dolores extraños que no habían entendido nada en la vida.

Ella conocía, dijo, una tierra de abundancia donde vivían ricamente, donde podían beneficiarse fácilmente, criar sus larvas e incluso comerciar con ellas sin compartirlas con carpas y cucarachas.

Ni garza, ni culebra, mucho menos el zorro que a veces no desdeña recurrir a una pobre rana cuando se le acaban las gallinas.

El cielo está en esta tierra, repitió.

Debemos dejar este estanque sin demora.

La multitud, joven y ardiente, se enardeció ante las seductoras palabras del prosélito y la siguió sin demora.

Aquí están todos en un estanque donde encuentran comida en abundancia.

La piscina está embellecida con un chorro de agua que distrae a los retozos.

Comen, saltan, juegan bajo el chorro de agua.

De hecho, era el paraíso prometido.

Apenas había más que unas pocas ranas viejas, reclusas en un agujero en la roca, haciendo muecas.

A veces decían: "Tienes que saber qué pasó para que no vuelva a

suceder. Huye si puedes ”

Pero las ranas jóvenes se rieron de ellas, encontrándolas babeantes y aburridas.

Un día, la mayor, sintiendo que su fin se acercaba, decidió reunir a las ranas jóvenes para revelarles un pesado secreto.

Pero cuando, encaramada en un nenúfar de barro, comenzó su oración, los guardias del estanque vinieron y se llevaron al antepasado, así como a su hijo y a su hija.

No se volvieron a ver.

A todos se les dijo que estaba prohibido hablar del pasado y que, a cambio, vivirían en una opulencia eterna.

No era necesario decir "coaxial" sino sólo "coa". Se les dijo que el estanque no existía, una leyenda perniciosa para perturbar el maravilloso orden de la tierra de la opulencia.

¡Deja de pensar y disfruta de la vida!

Y las ranas saltan alegremente al estanque y se atiborran de las larvas distribuidas, todavía emocionantes grillos ofrecidos sin la necesidad de cazar y cansarse.

La madre hizo una pausa, sus cachorros abrieron los ojos como platos y sus páas temblaron ligeramente en anticipación de una secuela que sospechaban que era inquietante.

Madre, en un movimiento brusco enderezó su aleta dorsal y continuó:

Ocurrió que estos estúpidos anfibios querían viajar, cansados ☐ ☐ de eternas diversiones.

Los grillos condenados les habían hablado de libertad.

Tan pronto como cruzaron los límites de su recinto, poca hierba y poca

agua, una red apretada cayó sobre los pobres animales, que, aplastados, descuartizados, terminaron en un plato de marmoleado y ajo sobre la mesa de los maestros de allí cerca.

Hijos míos, cuídense de los que les prometen el paraíso, ganan sin trabajo, placeres sin fin sin pensamientos sublimes.

Y agradezco a nuestra querida fuente de piedra cuyos animales me han hecho pensar muchas veces, mucho más que los discursos de nuestros "maestros".